

1 No existe la muerte natural.

2 La naturaleza, como entidad absolutamente artificial, se compadece de su más pobre criatura, el hombre, y le presenta un permanente acto de ilusionismo con su imperativo de «Muere para llegar a ser». Cada árbol que pierde sus hojas en otoño es, por naturaleza, una pieza de atrezo, un objeto truco, y por ende una mentira. Los designios de una *Forsythia* en primavera no tienen secretos para la mirada implacable del mortólogo¹ o el suicidólogo, y pasa lo mismo con toda criatura viviente aquí, en la Tierra.

3 La suicidología, se entiende, es el estudio y la teoría del suicidio. Llamamos suicidografía, por su parte, a aquella descripción de una vida que sólo se circunscribe a las concatenaciones causales que, finalmente, conducen a la autoextinción.

¹ La palabra alemana empleada por Burger es *Totologie*, que se basa en el vocablo *tot* («muerto»), aunque también alude al latín *totus*.

4 Denominamos mortología a la teoría y la filosofía que estudian el predominio total de la muerte sobre la vida.

5 A los miles de millones de seres que conforman la población mundial les corresponde un número casi infinito de otros seres asesinados de forma premeditada por la biología, los llamados «ejércitos más nutridos» en el poema «El coro de los muertos», de Conrad Ferdinand Meyer. El hombre, una vez devenido mortólogo, oye continuamente un canto de sirenas que supera con creces a los coros del teatro clásico que representaban los designios del destino. No hay escapatoria.

6 Dado que en el epígrafe 1 decíamos que no existe la muerte natural, tendríamos ahora que sustentar nuestra tesis partiendo de la etimología de la palabra «naturaleza». En caso de duda, la etimología siempre sirve de auxilio. La palabra *natura*, del alto-alemán antiguo, está tomada en préstamo de la palabra latina *natura* («engendrar», «nacimiento», «estado natural», «sustancia», «esencia», «criatura»), la cual, como el latín *natio* («nacer», «género»),¹ está relacionada con *nasci* («surgir»). La muerte, de acuerdo con ella misma (*todesgemä*) –de acuerdo, digamos, con su propia «naturaleza»–, nada tiene que ver con esto.

¹ «Nacer», en alemán, es una construcción pasiva: *geboren werden*, literalmente: «ser nacido».

7 En el gran teatro de la naturaleza la muerte es el tritón (el tritono, la «nota del diablo»), el *diabolus in musica*, o, aún mejor: el *Deus ex machina*.

8 ¿Acaso es «natural», por ejemplo, que a Georg Büchner se lo llevara, a los veintitrés años, una variedad de la fiebre tifoidea, el tifus exantemático?¹ No fue «natural» que Schiller muriese a los cuarenta y seis años, y mucho menos que la vida de Kafka fuera cercenada a los cuarenta y uno. La mortología no quiere tener nada que ver con este tipo de «naturaleza».

9 ¿Podría llamarse «natural» a lo que sucede durante un infarto del miocardio? Un infarto es, en general, la consecuencia de un trastorno circulatorio con necrosis del tejido periférico. Surgen, dependiendo temporalmente de una insuficiencia coronaria absoluta, los siguientes cambios morfológicos: pasados entre treinta y sesenta minutos se produce un edema de las fibras del miocardio, *et cetera*. ¿Y ese órgano está dentro de mí? No: se encuentra fuera, es el mundo perfecto de un Vademécum.

10 El enfermo, *por naturaleza*, al ponerse en manos de los médicos, se ve conducido, como un arrestado, a la unidad de cuidados intensivos de un Vademécum.

¹ Tifus, del latín científico *typhus*, acuñado por De Sauvages en 1759 a partir del griego antiguo τῦφος (*týphos*), «fiebre, estupor», a su vez de τύφω (*týpho*), «humear», cognado de Τυφῶν (*Typhōn*), una figura mitológica de origen incierto. La palabra alemana *Faulfieber*, por su parte, contiene el término *faul* («podrido», «descompuesto»).

11 Hablamos siempre de «esperanza de vida», pero, en el sentido de la mortología deberíamos hablar de «esperanza de muerte».

12 En nombre del espíritu, Voltaire alzó su protesta contra el terremoto de Lisboa y, por consiguiente, contra la muerte por causa natural.

13 La muerte nunca es natural, ni siquiera para el hombre de noventa y siete años. En cuanto está a la vista, se convierte, para el candidato, en un disgusto insoportable, en una guillotina.

14 La muerte es una declaración de guerra a la vida. Cada moribundo se ve ante una situación espeluznante: constata cómo se le vienen encima la tercera guerra mundial –la ocupación de la Unión Soviética por Hitler– y el hundimiento del Tercer Reich, y él tendría que superar ambas cosas en absoluta soledad, en una situación de uno contra todos, por decirlo con una imagen tomada de la Historia.

15 Paradójicamente, nadie puede experimentar la muerte propia, ya que no existe ningún paciente que haya despertado después de su deceso para confirmar: he estado muerto. Eso sólo lo consigue el muerto aparente, el que sufre una muerte clínica, al cual le concedemos haber vivido una experiencia limítrofe, pero no la vivencia de la muerte absoluta. Tanto más universal es el peso del saber mortológico sobre la existencia.

16 Wittgenstein dice: «El mundo es todo lo que acaece», pero lo que acaece es sólo lo que conoce pasado, presente y futuro. Por eso no experimentamos nuestra propia muerte.

17 Cada suicida se encuentra en el estado de lo sucedido en Stalingrado.

18 Si mortológicamente tuviera lugar un proceso judicial entre la vida –es decir, la *nature morte*– y la muerte, esta última siempre tendría razón por una «meta-vía oficial». Es decir, que el delincuente vital, en tanto se atreva a presentar un juicio en aras de su mortalidad, quedará condenado, sin sentencia de muerte –porque no conoce la lógica de la muerte y, en consecuencia, mucho menos sus leyes–, a no ser, y lo será *ad infinitum*. El mejor abogado que puede permitirse en ese caso es una enfermedad mortífera, un cáncer, por ejemplo.

19 Las leyes de la muerte: uno pasa la vida sentado delante de la puerta que muestra un resquicio de luz, como el campesino en la parábola de Kafka, sin que el guardián nos deje entrar; al final, hemos de soportar la humillación cuando se nos dice: «(...) esta entrada estaba reservada sólo para ti. Yo me voy ahora y cierro la puerta».¹

20 El suicida se hace por la fuerza con la luz de la ley, que se revela como una oscuridad absoluta.

¹ Franz Kafka, *Cuentos completos*, tr. de José Hernández Arias, Valdemar, Madrid, 2010.

21 Como en el mágico dominó de la película *El año pasado en Marienbad*, todas las combinaciones son posibles; lo que sí es seguro es que pierde quien deba tomar la última ficha, que es negra por ambos lados. Como la muerte.

22 La célebre frase *De mortuis nil nisi bene* tiene su origen en Diógenes Laercio, que transmite en *De vitis, dogmatibus et cetera* la versión griega de Chilon: «No se debe hablar mal de ningún muerto».

23 La tanatología, que vendría a ser la pseudociencia de la muerte, se contenta con transmitir esa herencia; sólo la mortología nos proporciona una explicación: si no, la muerte, mortalmente ofendida, llevaría a la tumba al difamador y exterminaría a todos los miembros de su estirpe, hasta el último. En sus *Prosas póstumas*, Heine traducía el aforismo así: *De mortuis nil nisi bene* o «Sólo debe hablarse mal de los vivos». Lo peor que pueda decirse de un hombre es que es inexistente, con lo cual se satisface de nuevo a la muerte.

24 En su libro *Levantar la mano sobre uno mismo: discurso sobre la muerte voluntaria*, una obra completamente mortológica, Jean Améry dice que la muerte toma los rasgos de lo antinatural y lo contranatural: «Mi muerte está más allá de la lógica y el pensamiento habitual, para mí es antinatural en el más alto grado posible, vulnera la razón y la vida. Pensar sobre ella es insoportable».

25 En el sentido de Améry, la muerte antinatural es algo más grande que el propio Dios. Todo el mundo ha visto alguna vez un muerto, pero Dios siempre permanece oculto, y ése «es el truco que le permite sobrevivir».

26 Hasta ahora, los tanatólogos y los suicidólogos no es que hayan fracasado a causa de la trivialidad biológica de la muerte, sino de su «secreto» metafísico, por la transcendencia, por la lógica contralógica de la muerte. Sólo la mortología, esa ciencia de la muerte ahora fundada por nosotros y caracterizada aquí en sus rasgos esenciales, resuelve este dilema en la medida en que se declara abierta partidaria de otra subdisciplina, la tautología: «no» es igual a «no», «negro» es igual a «negro».

27 Es cierto que la muerte individual y la muerte general marcan los límites de nuestra experiencia, excluyen los juicios a priori y a posteriori kantianos; no excluye, sin embargo, los límites de nuestro pensamiento, y cuando definimos la muerte como lo impensable anatematizado, estamos, ciertamente, ante una especulación acorde con la lógica de la vida, pero así y todo constituye un paso en el camino que conduce a la mortología.

28 Améry dice: «Ya que sólo vivo para morir, ya que construyo la casa únicamente para que se derrumbe el día de la cubierta de aguas, es mejor que ante la muerte huya de la muerte, o bien, si pienso con miras más largas y con mayor exactitud: que huya del absurdo de la existencia al absurdo de la nada».

29 La ecuación mortológica establece que: el absurdo de la existencia es igual al absurdo de la nada.

30 Lo que dificulta el salto o la renuncia definitiva, el «sol-tarse, el «dejarse ir», es la condición tributaria de una lógica de la vida que preservamos hasta el último aliento.

31 Sólo hay dos términos aprovechables en la filosofía: la ontología y la mortología. Si la ontología es la teoría del ser (*Sein*), de las definiciones de los órdenes, los conceptos y las esencias del que *va siendo*, del ente (*Seiende*), tendríamos que ver en la mortología, no un concepto opuesto, sino uno general más abarcador. Si la palabra «montañoso» predomina sobre la palabra «montaña», la mortología predomina sobre todas las ar-timañas ontológicas imaginables.

32 Si un ontólogo que se ha sumergido en todas las aguas filosóficas se planta ante un representante de la ciencia superior, no tendrá más remedio que emitir un estertor: reconocer la mortología y morir. El golpe mortal lo alcanzaría al instante.

33 Quien no está en condiciones de acabar con todo de un momento a otro es un exhibicionista vital.

34 La mortología, lo que en alemán hemos denominado *Totologie*, es una combinación contaminada de *tot*,¹ palabra de-

¹ *Tot* significa «muerto».

rivada del alto alemán antiguo *tōt*,¹ con el participio del verbo *touwen*, también del alto alemán antiguo (que significa «morir»), y el latín *totus*, que significa «entero», «lleno», «en su totalidad», «todos», «en conjunto», «al completo», «*ex toto*», «en total», «total» o «enteramente». La tanatología sólo viene del griego *thanatos*, la muerte y el dios de la muerte. ¡Vaya etimología subsidiaria!

35 Si un tanatólogo o un tanatósofo se juntan con un mortólogo, los dos primeros reconocerán al tercero por la marca de Caín en la frente.

36 Mientras que el tanatólogo y el tanatósofo no sabrán hacer otra cosa que parlotearle a usted, lector, de cosas confusas, el mortólogo lo aprisionará entre las clavijas de tortura de su específica lógica de la muerte. Y como es a un tiempo maestro de la magia blanca y de la magia negra, hará desaparecer la moneda que le ha tomado en préstamo, y lo hará de tal modo que usted se quedará mirando fijamente la mesa vacía como si ésta fuera un agujero cósmico. Él se sirve, sólo en apariencia, del léxico de los agentes de seguro y le dice: «Supongamos que mañana usted ya no esté ahí, al igual que la moneda que ahora le ha sido escamoteada». A lo largo de la exposición, se sentirá usted sobrecogido por la fuerza de una pulsión: la de no estar ahí ya desde hoy mismo.

¹ *Tōt* significa «muerto» en alto alemán antiguo.

37 Freud, en su escrito *Más allá del principio del placer*, una obra mortológica que marcó época, llama a esto «pulsión de muerte».

38 El suicida se encuentra siempre más allá del principio del placer.

39 Freud establece una rigurosa distinción entre las pulsiones del yo, que son las de muerte, y las pulsiones o instintos sexuales, es decir, las de vida. Pero existe también una sexualidad de la muerte, una libido de la muerte, una añoranza de unión con la muerte. Véase Edvard Munch.

40 Según supone Freud, las pulsiones del yo se derivan de la animación de la materia inanimada y tienden a restablecer el estado de inanimación.

41 La meta de toda la vida es la muerte, la vida es la muerte vestida de bufón, lo inanimado estuvo antes ahí como algo animado, la pulsión de muerte aspira a una restitución de lo arcaico.

42 La vida es un rodeo en el camino hacia la muerte; toda la vida de las pulsiones, también la de los instintos de conservación, sirve a la concreción de la muerte. Freud dice: «Así se engendra la paradoja de que el organismo vivo lucha con la máxima energía contra influencias (peligros) que podrían ayudarlo a alcanzar su meta vital por el camino más corto (por

cortocircuito, digámoslo así); pero esta conducta es justo lo característico de un bregar puramente pulsional, a diferencia de un bregar inteligente».¹

43 Los pueblos primitivos desconocen la idea de una «muerte natural», atribuyen toda muerte acaecida entre ellos al influjo de un enemigo o un espíritu malvado. Instintivamente, han reconocido en la muerte a un *Deus ex machina* que se halla fuera de la naturaleza.

44 Ammon sustituye el concepto de pulsión de la muerte por la agresión destructiva dirigida contra el propio yo; Améry propone el término «inclinación a la muerte». Inclinación implica tanto inclinar como declinar, una inclinación hacia algo situado más abajo, la señal que indica hacia la tierra y que obedece a la fuerza gravitatoria del cementerio. Inclinación podría ser también, por tanto, re-pulsión, des-apego, rechazo de la vida, del ser. «La inclinación hacia la muerte es algo que se sufre, incluso cuando sufrirla es una forma de huir del sufrimiento de la vida. Es cóncava, no convexa.»

45 Con ello, Améry entra en cierta contradicción con la tesis que plantea que el suicidante desea una muerte activa en lugar de una pasiva; es él quien dirige la palabra a la muerte, quien da el primer paso.

¹ Sigmund Freud, *Más allá del principio del placer*, tr. de Luis López-Ballesteros, Orbis, Barcelona, 1988.